

deberían ser las que aglutinen a todos los vecinos. Sin excepciones ni abucheos. Deben ser las que poco a poco integren a quienes se incorporaron a la convivencia vecinal más tarde. En eso están.

Olía a fiesta y también a pólvora cuando sonó la traca de inicio. Y la música actualizada y acomodada al ritmo charanguero de La Quinta del 95 amenizó el paseílo. Entre peñas, entre cubatas, entre bailes y entre chascarrillos.

Olía a fiesta y ese olor atrae a los niños. Con castillo, con manualidades o con carretones. Cualquier alternativa fue buena. De la mano de Félix volvió a transmitirse a las futuras generaciones la afición taurina. Una treintena de participantes no parecen pocos. Son el relevo con fajín de quienes ya están más cerca de ver los toros desde la barrera.

Olía a fiesta por el campo. Y a gasolina. Y a polvo. Esta vez el encierro campestre chafó la estrategia de aquellos que prefieren aguardar la vuelta del cornúpeto al coso. Nunca llegó. Tampoco lo mereció.

